

va). Quien dice presente condice ausente, y no puede ser el tiempo ni absolutamente presente ni absolutamente ausente. Por eso aparece como antes y como después, á la manera que aparece el saber, no como saber absoluto ni como absoluta ignorancia, sino como creer y no creer.

Antes y después, creer y no creer, son la práctica de las teorías correlativas: presente y ausente, saber y no saber.

Entonces es tiempo neutro, se refiere en general al ausente y en particular al antes ó al después, según los casos á que se aplica la palabra.

Al decirse por una persona tal hecho fué ayer ó tal hecho será mañana, contesta el que lo oye: entonces...

Hasta puede decirse *entonces* como consecuencia lógica de que algo esté presente ó ausente en absoluto. *Entonces* el adversario no oficia como práctico, sino como teórico.

Entraña, del griego *enteron*, órgano interior. —Órgano de función interna.

Se dice que la ley no tiene entrañas, porque se la considera aislada y separada de la función correspondiente. Toda función viviente supone entrañas, porque tiene dentro de sí el factor indefinido del fenómeno y la ley. Por eso los órganos de funciones especiales y fundamentales del cuerpo (nutrición, circulación, respiración) son siempre entrañas.

Entrar, voz derivada del latín y aun del sanscrito.—Venir de fuera.

La Naturaleza *entra* y sale del pensamiento, porque es lo definido que sale idealizado de las entrañas de lo indefinido, y regresa á ellas como realidad ansiosa de idealizarse de nuevo.

El pensamiento *sale de sí propio*,

para realizarse en la Naturaleza, porque como pensamiento padre tiene privilegio exclusivo para fabricar, en consorcio con la *madre natural*, pensamientos hijos que le representen del único modo que puede ser inmediatamente representado.

Entregar, del latín *inter* y *gerere*.—Someterse dos extremos el uno al otro, representando en esta sumisión: el uno, la actividad; y el otro, la pasividad de la función.

Se entrega la guarnición de una plaza sometiéndose los vencidos á discreción de los vencedores.

Se entrega un objeto sometiéndolo al poder de otro.

Se entrega una mujer sometiéndose á un hombre.

Se entrega un pensamiento sometiéndose á un criterio ó regla de pensar.

Entusiasmo, del griego *en*, en, y *theos*, Dios.—Sentimiento reflexivo de placer intenso, sugerido por la realización de algo que se considera bueno.

Aunque el entusiasmo es un sentimiento reflexivo, porque los brutos no se entusiasman, todavía no suele ser suficientemente reflexivo, y entonces se le llama irreflexivo, y lo es relativamente, porque dejaría de existir si se reflexionara más.

Enunciar, del latín *in* y *nunciare*, anunciar.—Enuncia el que es nuncio, el que da noticia, el que da algo á conocer.

Por lo tanto, enunciar es función activa del pensamiento que formula y expresa sus conceptos en proposiciones ó en juicios.

Envidia, del latín *in*, en, y *videre*, ver.—Comparación del bien propio con el ajeno, no sentida como estímulo para aumentar el nuestro, sino

como dolor egoísta, por el resultado de la comparación desfavorable para nosotros.

Envolver, en-volver.—Dar vueltas sobrepuestas unas á otras.

Las vueltas se dan en el espacio y en el tiempo, y no debe confundirse uno de estos modos con el otro.

Hay quien supone envueltos en el espacio acontecimientos, que sólo están envueltos en el tiempo, y pueden transmitirse como herencia mediante la generación, como se transmiten de mano á mano los bienes de fortuna que radican en el mundo exterior.

De igual manera ha solido considerarse como una *evolución* en el espacio el ejercicio funcional de los seres vivos, que si hacen tal evolución, es en el tiempo con relativa independencia del espacio.

Eon.—Entidad fantástica, imaginada por una forma especial de misticismo, para significar el ser absoluto, creador de otros seres, absolutos como él.

De la sustancia, de lo absoluto, de lo indefinido, que por sí solo nada es, se hace de esta manera el todo concreto, pretendiendo, sin embargo, que se lo mantiene abstracto.

Epicarmo, filósofo pitagórico, que, como su maestro, consideraba á los números como la *sustancia* de todas las cosas.—Comenzaban estos filósofos por dividir los números en dos elementos, el *par* y el *impar*; identificando el primero con infinito y el segundo con finito. Partían luego de esta base para la constitución del Universo.

Las relaciones del número con todas las cosas son, en efecto, muchas, importantes y luminosas; pero de aquí á reducirlo todo *en su esencia*

á números, considerando como accidental ó subalterno todo lo demás, hay la distancia que media entre la verdad y el error.

Épico, del griego *épos*, poema.—Forma poética que consiste en poetizar la historia, idealizándola y haciendo caso omiso de sí propio el individuo.

Cuando el individuo se poetiza á sí mismo la obra es lírica.

Cuando se poetiza la función del individuo y de la historia en general, la obra es dramática.

Epicteto, estoico del siglo II antes de Jesucristo, cuya doctrina compendiada se reduce á tener en cuenta aquello que depende de nosotros y no lo que no depende. «Nuestro pensamiento — dice — depende de nosotros, mas no la felicidad, la riqueza, la gloria, todos los bienes exteriores.

Atengámonos á aquello de que podamos disponer y nada podrá afectarnos. Si caemos en la tentación de echar de menos algo de lo que llamen los hombres felicidad, reflexionemos en lo poco que valen los bienes, que sólo seducen por errores en la opinión vulgar.»

Tal es la última fase del estoicismo, confinante ya con el misticismo de la edad media, que aconsejaba el *desprecio de la vida presente*, la resignación, la confianza en la Providencia, en la misericordia divina.

«Acuérdate de Dios, invócale á fin de que te socorra y te asista.»

Bien está la ancha entrada que concede el estoicismo al idealismo y la esperanza de *otra vida*. Lo que ya exagera es el *desprecio de la vida presente*; que ni vale tanto como muchos creen, ni tan poco como entienden los pesimistas, acazados contra los bie-

nes, al par que contra los males terrestres.

Epicureo, de Epicuro.—Se llama así el arte de relacionar un individuo con su bien propio, presente y objetivo, todas las demás cosas, suponiendo que tal era la doctrina de Epicuro.

El egoísmo ejercitado de este modo no es en manera alguna un egoísmo inteligente. Si lo fuera sabría que su interés consiste sobre todo en identificarse con el interés común.

Esta regla general no deja de serlo, por más que se adviertan excepciones particulares.

Epicuro, filósofo del siglo III, antes de Jesucristo.—Su física es puramente atomística, con una sola aunque muy notable variante. «Los átomos—dice—caerían en el vacío, y se dispersarían para siempre, sin lograr unirse y menos detenerse, si les fuera dada una *facultad de cambiar* la dirección natural del movimiento. Semejante facultad no ha de atribuirse á una fatalidad mecánica, porque entonces, sufriendola todos los átomos á un mismo tiempo, se inclinarían paralelos entre sí. Debe, pues, realizarse esta inclinación (*ciclamen*), si no en todos los átomos, en algunos de ellos, en espacio y en tiempo absolutamente indeterminable (*nec regione lui certa, nec tempore certo*).»

Supone, pues, la formación del Universo en los últimos elementos de las cosas, una *espontaneidad*, un principio dinámico, que destruye la necesidad y el encadenamiento inflexible de las causas.

A pesar de su atomística, Epicuro no es ateo. Hasta se eleva á un idealismo religioso, no enteramente fantástico, sino con visos de realidad, concedida á los dioses para bajar en

forma de sombras, que se nos presentan en sueños, ó vivir entre nosotros, y á quienes debe rendirse culto por su grandeza y su poder.

Su moral no lleva tampoco al placer y á la eliminación del mal físicos; es por el contrario, contemplativa y concede la soberanía en la felicidad humana á la serenidad de la conciencia, á los goces espirituales. Sólo peca en un sello constante de *egoísmo*, que repele el *sacrificio* y el valor para soportar los males, exigidos por el bien general, para el orden público, para la felicidad del linaje humano, para la redención del pecado original, que lleva consigo el nacimiento en este mundo.

El sentimiento, en suma, reveló á Epicuro verdades importantísimas, que no habían alcanzado con tanta claridad otros filósofos insignes. Sus malhadados átomos, creaciones objetivas, simbólicas, en gran parte confundidas con la idea por ellos simbolizada, no fueron bastantes para ofuscar en su pensamiento el radiante idealismo que brotaba por todos los ámbitos de la civilización helénica. Al hablar del *ciclamen*, nos recuerda las curvas que representan lo viviente en el esquema de la vida. La *espontaneidad* de lo viviente se abre también cabida al través de su atomismo mecánico. Por último, si su amor al *bien* no hizo de él un héroe como Sócrates, tampoco le faltó tanto que le dejara caer en la abyección más censurable. Si no hizo el bien general tanto como debía, esto fué un mal por *omisión del bien*; no lo fué por *comisión*. Su egoísmo, por otra parte, si no justificado, era al menos perdonable, atendida las circunstancias de la época en que vivía.

Epidemia, del griego *epi*, sobra,

y *demos*, pueblo.—Enfermedad temporal reinante en un pueblo.

¿Hay por ventura en las epidemias algo profundamente misterioso, que corresponda á la ciencia perseguir y desenmascarar en beneficio del arte? Han solido atribuir las epidemias á poderes sobrenaturales; la fe religiosa á castigo providencial; Hipócrates ve en el aire el célebre *quid divinum*; han invocado otros el *genio epidémico*, la constitución médica: muchos, en fin, han admitido, ó más bien imaginado, miasmas ó materias pecantes, un tanto parecidas á las virtudes ocultas ó á las cualidades sustanciales de la metafísica escolástica. Lo que tal vez se ha advertido menos, porque era precisamente lo que estaba á la vista, y se prefería buscar detrás de los horizontes sensibles, lo que se hallaba al alcance de la mano y de los ojos, es que el curso regular y como viviente de las epidemias, con su principio, estado y declinación, con su nacimiento, desarrollo y muerte, es el curso de todo ser vivo, y de toda función intermitente de la vida, el curso de una enfermedad aguda individual, simplemente representado como enfermedad de los pueblos. Esta consideración no explica en absoluto, pero establece relaciones, único resultado práctico de todo conato de explicación.

A fortificar este punto de vista vienen, después de prolija análisis, las investigaciones contemporáneas sobre etiología parasitaria, que han sido objeto de largas discusiones.

Las enfermedades epidémicas é infecciosas proceden, según la doctrina parasitaria, de una causa viva, no de un residuo muerto ó puramente inorgánico. El microscopio, analizando íntimamente esos líquidos y tejidos

de apariencia homogénea, que se hallan en el cuerpo inerte entregado ya á los elementos físico-químicos, ha descubierto allí algo que da formas á la idea de la vida innata en la inteligencia humana; y procediendo como lo que es, como un instrumento óptico, ha presentado aislada, y como caída espontáneamente del seno de la nada, esa forma material, que sólo es una de tantas condensaciones fuera de la inteligencia, de la forma luminosa, que se llama ideal, y que oficia como ley ineludible de toda forma opaca particular ó exterior. De aquí á conceder á la materia toda la virtud ingénita de la idea, no mediaba más que un paso, y los experimentadores le han debido de dar.

Ya tenían, si no en la mano, en la superficie del portaobjetos, el miasma específico, la constitución médica, el genio epidémico, el *quid divinum*, el poder sobrenatural y hasta la providencia vengadora; ya se sustituían tantas vaguedades con algo definido y concreto; ya respiraba, al fin, la Ciencia, después de tantos contratiempos y de luchas tan amargas. ¡Lástima, ó más bien fortuna, que la ilusión no pueda ser duradera! Sin negar su valor científico al descubrimiento, preciso es despojarle del excesivo alcance que muchos le quieren otorgar.

Epigrama, del griego *epi*, sobre, y *gramma*, letra.—Obra poética, que tiene en breves frases un sentido histórico, lógico ó moral, y cuya forma es agradable ó placentera, aunque su fondo sea censura de algo vicioso.

Epílogo.—Función particular que pone fin y remate á otra que es el todo respecto de ella.

El acto de morir es el epílogo de la vida, como su prefacio es el nacer. El prefacio de la vida suele parecer

ameno al espectador, y por el contrario, el epiflogo siempre se considera triste.

En el curso de la vida son las alegrías y las tristezas, la luz y la sombra del cuadro común, que procede concurran á la armonía del conjunto.

Epimenides, filósofo místico contemporáneo de Solón, célebre por su larga vida (ciento cincuenta años). — Le llamaron el *espíador*, y le atribuyeron un sueño simbólico de cincuenta y siete años en una caverna.

Llamado á Atenas para que la librara de una peste, hizo demoler los antiguos altares idolátricos, y levantar otros á una divinidad pura, misteriosa, pidiéndole amparo y acompañando la petición con numerosos sacrificios, y hasta se dice que el de algunos hombres considerados como culpables.

Bien se ve en estos rasgos un misticismo ciego, embrionario y desprovisto del cultivo que aporta en toda una civilización más adelantada.

Episodio, del griego *epi*, sobre, y *odós*, camino. — Acontecimiento particular agregado á otro más comprensivo y considerado en primer término.

Cada hombre, puede decirse que es un episodio de la humanidad. Cada sistema filosófico un episodio de la Filosofía.

Epíteto, del griego *epi*, sobre, y *tinhenai*, colocar. — El adjetivo destinado á calificar al sustantivo, más bien que en forma recta, en forma simbólica.

A muchos personajes se califica con epítetos honoríficos, á otros se adjudica epítetos que los desfavorecen. En cuanto á los primeros vale más merecerlos que ostentarlos. De

los segundos hay que huir de merecerlos, ó de que se nos impongan, merezcámoslos ó no.

Época, del griego *epoché*. — Intervalo particular, comprendido en el intervalo general que media desde el nacimiento hasta la muerte.

La historia de la humanidad y del mundo, comprendida en un instante actual, no es el intervalo entre dos límites fijos, como la del sér que ha vivido ya; su conjunto se halla siempre en vías de formación; y se lisonjea tal vez demasiado quien atribuye á su época ventajas sobre las demás y confía sin restricción en las venideras.

Las épocas se suceden con alternativas de progreso, decadencia y renacimiento, si no de todos sus elementos constitutivos, de muchos importantísimos.

Hasta podemos decir en general, que vamos progresando, por más que no sea en todo, en gran parte de aquello en que se debe progresar.

Equidad, del latín *aequus*, igual, y del sanscrito *aihas*, uno. — Equidad no es igualdad ni unidad absoluta; pero sí igualdad y unidad relativas.

No es la *justicia* teórica, siempre igual para todo el mundo: es *justicia práctica*.

La moral teórica es la justicia; la equidad es justicia práctica.

Por equidad se cometen á veces injusticias, haciendo valer la circunstancia de haber sancionado la práctica análogas injusticias.

Si esto nunca deja deser injusto; en cambio la equidad, como moral libre, repara á veces los perjuicios de leyes que, bien examinadas, son injustas.

Equilibrio, del latín *aequus*, igual, y *libra*, peso. — Equilibrio es igualdad en el funcionamiento entre

los polos teóricos sér y no sér, y entre los polos prácticos hacer y deshacer. Es el tipo del bien en el orden mecánico.

El equilibrio puede aparecer estático desde el punto de vista teórico, sosteniéndose el reposo, aunque con posibilidad de ser roto á cada instante.

Aparece por el contrario, dinámico, cuando se rompe á cada instante, volviendo siempre á constituirse.

El equilibrio estático pertenece á la teoría; el dinámico es esencialmente práctico.

Equilibrios en general, dinámicos y estáticos, son tan necesarios en el mundo, como que sin ellos faltaría la relación entre las cosas, y sin relación el orden cósmico se disolvería.

Equilibrios en particular son los que faltan á menudo, ocasionando la caída de cosas que no se vuelven á levantar tales como eran.

Así como hay equilibrios mecánicos los hay cualitativos, físicos, químicos, vegetativos, sensitivos é intelectuales.

El equilibrio en general y los particulares desequilibrios obedecen á causas determinadas en el reino inorgánico, y al poder de la causa activa, que monopolizan los seres vivientes dentro de su esfera de acción especial.

Pidamos á Dios que nos conceda un cuerpo y un pensamiento bien equilibrados, y procuremos por nuestra parte mantener en todo un equilibrio *bien* entendido, usando de la prerrogativa divina que representamos en la tierra y que se llama *libertad*.

Equilibrio funcional. — Equilibrio ó igual libertad, es en el pensamiento un buen pensamiento. Se di-

ce de quien juzga sanamente de las cosas que tiene un juicio equilibrado.

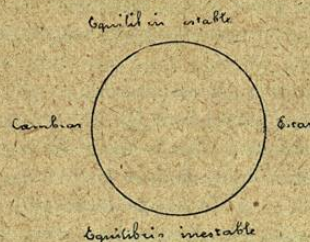
Esta libertad igual considerada en la función del pensamiento, y en una función cualquiera; ha de recaer en el fenómeno y en la ley: en ésta, para mandar objetivándose á su modo; en aquél, para obedecer desde el lugar que simultáneamente le corresponda como objeto exterior.

Dada la libertad en la función, identificados en el tiempo sus dos modos, fenomenal y legal; siente el pensamiento estos dos modos, como se siente á sí propio por un lado, y á los objetos exteriores por otro. El sentimiento de su actividad funcional se correlaciona además con la ley, objetivada en la conciencia reflexiva para determinar, bien ó mal, todos los actos humanos. Bien, si se mantiene el equilibrio, indispensable para la conservación de la vida individual, y además necesario para la conservación de la vida común; y mal si falta este equilibrio y sobreviene la muerte de todas ó de algunas de las más importantes condiciones de ambas vidas.

Este equilibrio es el que aspira el hombre á realizar, si no en la vida corpórea, en la ideal, sin poderlo conseguir mientras viva en el mundo transitorio, en que se apetece con ansia inextinguible el bien supremo, que le está terminantemente vedado por ahora.

Equilibrio viviente. — El equilibrio en lo inorgánico se puede obtener *estable*. En lo viviente necesita ser *inestable*.

El sér que vive no sólo necesita conservar, sino que necesita también perder y restaurar los elementos de su vida. Al que no vive le basta conservarse tal como está.



Por eso el sér que vive necesita perder á cada instante, y restaurar, el equilibrio.

Cuando llega calladamente el instante de perder el equilibrio inestable, degenera en muerte y se entrega el individuo á uno de los polos de la función cuyo término medio construía durante su vida.

Cuando el cristiano deja caer su cuerpo en la tierra, espera que su alma (actividad, cambio en lo ideal) caiga en el cielo. No perdería entonces nada, antes ganaría, perdiendo el equilibrio.

Equipolencia, del latín *aequus*, igual, y *pollens*, valer mucho. — Es análogo á equipotencia (no usado) y aun á equivalencia.

Potencia se dice, más bien, del poder que se está ejercitando; polencia del poder que está en reserva, y valentía del valor, no solo en la actividad, sino en la calidad específica de las cosas.

Se ha solido llamar equivalencia al valor teórico igual de dos cosas. Para el valor práctico se ha reservado la palabra equipolencia.

Dos seres vivos pueden valer una cantidad igual en el mercado, y, sin embargo, distinguirse en ser uno de ellos más valeroso, más fuerte, dotado de más espontaneidad é iniciativa.

Equivalente, del latín *aequus* y *valerens*.—Igual cuantitativo.

Son equivalentes muchos términos cuantitativos, significados de diversos modos.

Además, pueden ser equivalentes especies y fuerzas distintas, porque realicen la igualdad cuantitativa, por más que conserven la distinción desde otro punto de vista.

En química son equivalentes los factores que en proporciones cuantitativas iguales, concurren á una función determinada.

En Mecánica el calor tiene su equivalente de fuerza motriz.

En el reino viviente no puede haber equivalencia exacta entre dos seres. Los de valor más igual en un momento dado, pueden desigualarse en el siguiente.

Equivoco, del latín *aequus*, igual, y *vocare*, llamar.—Es equivoco la palabra que puede entenderse en dos sentidos.

También se llama equivocación al acto de entender algo en un sentido distinto del aquel que rectamente le corresponde.

Las equivocaciones son frecuentes en el mundo.

¿Quién está seguro de que no se equivoca al interpretar las palabras de otro, y mucho más los escritos, sobre todo si lo están en una lengua extraña?

¡Cuánto nos equivocamos al interpretar las palabras, que han llegado hasta nosotros, de los grandes filósofos de la antigüedad!

Si se pudiera traspasar íntegro el fondo de los pensamientos, y si cada cual viera bastante en el suyo propio, se aumentaría mucho el número de personajes históricos y contemporáneos, que se pondrían de acuerdo; si bien en cambio aparecerían desnudos sentimientos íntimos, que suelen

ocultarse todo lo posible bajo apariencias engañosas.

Equivocos sofisticos.—Muchos sofismas antiguos y modernos se fundan en el sonido más ó menos análogo de palabras destinadas á significar conceptos muy distintos.

Tales juegos de palabras carecían de la *formalidad*, que no puede menos de concederse á los sofismas eleáticos y megáricos, que tenían por base el polo del *sér* con exclusión sistemática del *no sér* y del *cambio*.

Era, del latín *æra*.—Época distinguida por un orden especial de acontecimientos.

Dentro de una era pueden sucederse épocas, como dentro de una época, revoluciones políticas y vidas individuales.

Erasistrato, médico de la escuela de Alejandría, que cooperó con Herófilo al desarrollo de los conocimientos anatómicos, y á poner en boga el método experimental *externo* en los ámbitos de la Ciencia.

Eratostenes, astrónomo distinguido, contemporáneo de Ptolomeo, que hizo construir y conservar en el pórtico del Museo las famosas armillas, utilizadas luego para los principales descubrimientos de la astronomía griega.

Erebo, elemento cosmogónico, invocado por Aristófanes en una de sus comedias, equiparándolo con el *Caos*, la *Noche* y el *Tártaro* inmenso. No había en él ni tierra, ni aire, ni cielo.

Era un desierto en el que — dice el filósofo — apareció un huevo, origen y compendio del mundo que habitamos.

Un sentimiento oscuro, inconsciente de sí propio, movía en Grecia á imaginar ésta y otras cosmogonías, que un estudio profundo, secular, ha acabado por convertir en indefinido,

indefinible de otro modo que como límite perpetuo de la humana sabiduría; como ignorancia necesaria de lo absoluto en general; límite susceptible de figurar en dos polos (uno para el espacio y otro para el tiempo), entre los cuales circula la vida.

Eretría (Escuela de), escuela filosófica que comenzó con Menedemo, discípulo de Stilpon, continuador á su vez de la de Megara.

Todas estas escuelas son matices de crítica escéptica, llevada por el absolutismo eleático del *sér*, hasta el absolutismo sistemático del *no sér* (insciencia, ignorancia sistemática).

La historia no da de sí más que estos antagonismos, *diversificados* de mil modos, sin haber alcanzado todavía aquella *unidad posible* en medio de su constante multiplicidad, aquella *representación* armónica y equilibrada en el tiempo, que son propias de la vida inteligente.

Ergotismo, vicio lógico de falsear el pensamiento reduciéndolo todo á *formulas* ideales, ó sea á generalidades previamente formuladas.

Una fórmula ideal tomada como punto de apoyo del discurso, reclama siempre otra fórmula, y tal procedimiento puede prolongarse indefinidamente, y sin término posible, como no sea arbitrario é ilegítimo.

Por el contrario, el sentimiento y el reconocimiento de la intervención de lo indefinido en todo lo viviente, nos llevan en derechura á una moderación en el discurso, que nos permite dar su valor relativo á todos los datos de la experiencia.

Eristica, nombre dado por los escépticos á la *simple discusión* de aquello que por de pronto no aparece demostrado.

En este sentido, la discusión, no

solo es á menudo necesaria, sino también conveniente y oportuna, siempre que se haga de buena fé, y con el propósito firme de otorgar á cuanto se nos oponga, *aquella parte* de verdad que legítimamente le corresponda, y que en absoluto no se puede negar á cosa ni opinión de cualquier género y categoría.

Por desgracia, el procedimiento erístico ha servido más bien para forjar sofismas, valiéndose del significado ambiguo de muchas palabras, y para compaginar en forma extravagante los elementos de un discurso que, bien relacionados, armonizarían entre sí.

Muchos son los sofismas antiguos de este género, que ha conservado la historia y que, fundados en retruécanos y artificios de lenguaje y de expresión, excitaron la hilaridad de los filósofos contemporáneos y de sus sucesores, durante varios siglos.

Errar, de error. — Incurrir en errores.

Según Platón, el error puede estar: 1.º en las palabras; 2.º en el pensamiento, que es un diálogo consigo mismo; 3.º en la *opinión*, que es simple afirmación ó negación, y 4.º en la imaginación, que es una mezcla de sensación y de opinión.

Según Aristóteles, aparece en los tres extremos del silogismo: 1.º en el concepto de lo universal ó general; 2.º en el concepto de lo particular, y 3.º en el concepto del término medio.

Según Epicuro, lo verdadero y lo falso son relativos á la *opinión*, ora persista, ora no, en la serie de las sensaciones.

Según los estoicos, el error depende de ausencia del factor que llamaban *consentimiento*, y que creían indispensable para toda percepción verdadera.

Según los académicos escépticos, estaba en todo aquello que carecía del sello inmanente de lo dado.

Según los matemáticos, está en la comparación de dos medidas incomparables entre sí.

El error en todas las condiciones del pensamiento, es siempre posible y, por el contrario, lo imposible es evitarle en absoluto, durante un procedimiento práctico, cualquiera que sea.

Bástale al pensamiento viviente evitarle en relación lo más cercana posible á la solución apetecida del problema que se discuta.

En teoría puede el hombre proponerse escalar la inmensidad y la eternidad; en la práctica habrá de contentarse con llegar á la mayor altura que sus fuerzas le consientan.

Error, del griego *arrhein*. — Lo contrario á verdad. El mal del entendimiento. Enfermedad del pensamiento, que interesa principalmente á la nutrición de la conciencia, y que consiste en entender mal, en idealizar mal la realidad, ó realizar mal el concepto una vez determinado.

También se llaman errores los de la voluntad y aun de la pasión; pero errores lo son en cuanto los define la reflexión comparándolos con lo que ella entiende ser verdad. En rigor ni la pasión, ni la voluntad irreflexiva por sí sola, cometen errores; porque nunca se llaman errores las objetivaciones insanas de la voluntad y de la pasión en los animales.

Erudición, del latín *e*, negación, y *rudis*, rudo. — Abundante nutrición del pensamiento en datos, pruebas, doctrinas, recopiladas é instaladas con orden en las galerías de la inteligencia.

El erudito es un pensador acanda-

lado, que sabe apreciar los valores que atesora, un museo viviente de valor inestimable.

Si á la erudición se agrega un genio superior, capaz de inspirar obras iguales ó superiores á las más valiosas del museo, quien tales privilegios posee, merece ser contado entre las eminencias más insignes del género humano.

Pero no es lo más común que el erudito sobresalga en la originalidad de sus propios pensamientos.

Escabroso, del griego *skapteim*, arañar. — Lo áspero y desagradable al tacto.

También se llaman escabrosos los asuntos de que no se puede hablar sin ofender sentimientos respetables.

Escala, del sánscrito *skand*, elevarse. — Lo que sirve para subir.

Tres escalones constituyen ya una escala, considerada aparte del suelo que se pisa; los demás la prolongan, la aumentan cuantitativamente, no la varían cualitativamente.

El primer peldaño es el que se levanta sobre el suelo que se pisa, pero no es escala, sino comienzo de la escala. El segundo es ya el medio, y el tercero el final que necesita para ser completa escala.

El piso donde se fija la escala es lo definido puro; el primer escalón es lo definido relacionado con el espacio indefinido (vida vegetativa); el segundo ya aparece en el espacio indefinido (vida sensitiva). El tercero reproduce los anteriores y es reproducido por los siguientes.

Demasiado reproducida la escala llegaría á ser la torre de Babel.

Se apoya en la tierra firme (lo definido); pero en vano se aspira con ella á escalar lo indefinido.

Después de pisar los peldaños ve-

getal, animal, pensamiento humano, é ideal indefinido, se desvanece quien por ella sube, y si se empeña en subir más, es arrojado al suelo de donde partió.

Escalpelo, del latín *sculpere*, esculpir. — Instrumento de disección. La crítica es el escalpelo del pensamiento; pero este instrumento, que también disecciona lo muerto, nada vale para diseccionar lo que el vivo tiene de indefinido, así en la función vegetativa como en la consciente, sometidas á la crítica.

Escamotear, del latín *ex*, fuera, *cum*, con, y *mutare*, mudar. — Engañar enseñando lo que se oculta y ocultando lo mismo que se enseña.

La vida es también un escamoteo superior; pero no oculta ni enseña las cosas, sino que las forma, desforma y reforma, transformándolas de continuo.

Las cosas *aparecen transformadas* unas en otras en el Cosmos inorgánico.

Los seres *que viven* legislan su propia transformación mediante una serie de transformaciones parciales, que comienza por una transformación, y continúa indefinidamente como función de transformar.

El escamoteador oculta y saca cosas conocidas en y de cosas cognoscibles.

La vida se oculta á sí propia, y sale de lo incognoscible con ingénita espontaneidad.

El escamoteo es, en fin, un remedo grosero de la vida, por más que pueda aceptarse como símbolo. En Filosofía ha sido el recurso utilizado por muchos sistemáticos y escamoteadores de lo relativo á favor de lo absoluto.

Escándalo, voz derivada del